

Históricas Digital

Miguel León-Portilla

“El tiempo y la historia”

p. 51-62

El historiador frente a la historia
Corrientes historiográficas actuales

Segunda edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1999

148 p.

(Divulgación 1)

ISBN 968-36-7984-X

Formato: PDF

Publicado en línea: 27 de junio de 2023

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/279a/corrientes_historiograficas.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2023, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



EL TIEMPO Y LA HISTORIA

MIGUEL LEÓN-PORTILLA*

Con mucho gusto participo en esta serie de charlas sobre el historiador frente a la historia. En la mía voy a tratar dos temas que, en el fondo, son sólo uno: el historiador y la conciencia del pasado, y luego, en particular, la conciencia del pasado indígena. El tema es uno porque abarca la problemática de la captación e integración del tiempo en la conciencia, tanto del tiempo presente como más complejamente del tiempo pasado que es el objeto de la historia. Al atender al pasado prehispánico de Mesoamérica ilustraré con un ejemplo esta problemática.

Comprendo que filosofar sobre la historia es difícilísimo. La historia, como otras disciplinas, es objeto de tanta reflexión, de tantas consideraciones, que casi resulta temerario pensar en nuevas filosofías en torno a ella. Es un hecho que la auténtica investigación histórica implica filosofar. No es un mero evocar acontecimientos o sucesiones de ellos, indicando sus fechas precisas. La verdadera historia, en el sentido de quehacer historiográfico, es búsqueda de significaciones. Al historiador le interesa esclarecer las relaciones que puede haber entre diversos acontecimientos, precisar causas y efectos.

El que investiga sobre el pasado toma ante todo conciencia de que el objeto de su atención no es algo estático o fosilizado sino que se sitúa en el tiempo, más precisamente en momentos determinados del tiempo. El historiador, en consecuencia, tiene que habérselas con el tiempo. Éste, aunque estemos inmersos en él, se nos presenta como abierto a una suma de interrogantes. La primera cuestión sería preguntarse, ¿qué es y qué significa existir en el tiempo? Sin sentirlo, estoy dedicando ahora mi tiempo a hablar acerca del tiempo.

*Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM.

Una reflexión preliminar: la conciencia del tiempo

Haré una reflexión. Todos nos damos cuenta de que existimos en un universo temporal. También los mesoamericanos lo sabían. Pensaban que existían en una edad o en un sol que llegaría a su término, se destruiría y daría lugar a una nueva edad. Nosotros tenemos conciencia de que todo cambia, de que hay un continuo paso de energía a materia. Hay quienes dicen que después, en una especie de palpar cósmico, la materia vuelve a transformarse en energía; vuelve en su concentración, a estallar. Sin adentrarnos en tales consideraciones, es verdad que todo cambia.

Ahora bien, concentrémonos en nuestra conciencia. Si todo cambia, es que yo también cambio. Yo cambio, en todo y en cuanto a todo. Cuando uno va siendo ya un *huehue*, “un viejo”, y alguien le dice, “estás igualito”, ello quiere decir que no se está ya tan bien. ¡Cómo va a estar igualito! Uno mismo se ve en una foto, y en un espejo. “¡Qué barbaridad!”, dice uno, las canas y el tiempo están ahí a la vista. Cambiamos en todo, en cuanto a todo. Pero aquí reside lo interesante: nos damos cuenta del tiempo y del cambio. Tenemos conciencia de ello como si estuviéramos en una atalaya. Nuestra conciencia es capaz de percibir el cambio. La medida del cambio, expresado así, en forma sumaria, es el tiempo.

Ustedes me están oyendo; al hablar estoy produciendo una serie de modulaciones que el aire transmite. Causo cambios en el aire; ellos golpean sus membranas auditivas. A través de su sistema nervioso, se transmiten a su cerebro. Todos esos ruidos, transformándose en cierta corriente nerviosa, que afecta sus neuronas, conforman palabras que ustedes entienden. Se han integrado en sus cerebros secuencias de significaciones. De lo que eran sucesiones de ruidos cambiantes, ustedes toman conciencia, y haciendo una integración, captando el cambio, perciben significaciones. Esto vale también para una sinfonía; acaso un *rock and roll*, un *progressive rock*... o, tal vez mejor, la Séptima de Beethoven. Es una secuencia de sonidos armónicos. Ustedes se dan cuenta de que son armónicos porque los han integrado en su conciencia. Integran en ella los mismos temas sinfónicos que Beethoven concibió e integró en su mente.

En toda conciencia de cambio, como desde una atalaya, se hace una integración para captar y entender; como en el cálculo infinitesimal, se da el salto al límite. Pensemos, por ejemplo, en una serie de uno, más un medio, más un cuarto, más un octavo, etcétera. Sabemos que va a llegar a dos, pero si siguiéramos haciendo esta forma de adiciones nunca llegaríamos a dos. Damos el salto, eso es integrar. La conciencia integra el cambio, lo que va aconteciendo

en el día, en un mes, a lo largo de los años. Los psicólogos, los biólogos, los filósofos, estudian y quieren saber qué es la conciencia, pero el hecho es que ella integra el cambio y, por consiguiente, abarca la sucesión de los tiempos.

El historiador y la toma de conciencia del tiempo pasado

Lo dicho vale para todos los humanos, pero para los de nuestra profesión, los historiadores, la cosa es aún más compleja. Resulta que nosotros pretendemos integrar el tiempo que ya no existe. Si es difícil a veces enterarse bien de lo que está ocurriendo, digamos integrar, comprender adecuadamente los cambios que percibimos y así entenderlos, imagínense querer integrar en la conciencia lo que ocurrió en la época del supremo gobernante de los mexicas, el señor Acamapichtli. Y eso si pensamos en acontecimientos no tan lejanos. Pero si atendemos a los olmecas del primer milenio a. C., la pregunta parece complicarse. ¿Cómo puede pretender un historiador saber de hechos tan lejanos?

Como si pensara en esto fray Juan de Torquemada, al comienzo de su *Monarquía Indiana*, nos dice, respondiendo en parte a nuestra pregunta:

Es la historia un enemigo grande y declarado contra la injuria de los tiempos, de los cuales claramente triunfa. Es un reparador de la mortalidad de los hombres y una recompensa de la brevedad de esta vida...

Ella [la historia] nos da la noticia y declara y muestra lo que en diversos lugares y tiempos acontece. Los montes no la estrechan, ni los ríos, ni los años, ni los meses, porque ni está sujeta a la diferencia de los tiempos ni del lugar... (Prólogo general y primero a la *Monarquía Indiana*.)

A todo los humanos nos limitan el tiempo y el espacio. Si estoy aquí en la Ciudad Universitaria, no estoy en Xochimilco y, si me voy allá, tampoco estoy en Iztapalapa. Ahora bien, resulta que el historiador que se halla en un sitio determinado pretende alcanzar con su conciencia, no sabemos cómo, ámbitos lejanos en el tiempo y en el espacio.

Torquemada nos dice que eso es propio del que cultiva la historia: ella es recompensa de la brevedad de la vida porque ni los tiempos, ni los lugares la limitan. Ésta es la cuestión: ¿cómo puede un historiador lograr esto? El historiador tiene que integrar acontecimientos de ese tiempo pasado que ya no están a su alcance. Lo que quiere integrar, es decir, abarcar y comprender, pertenece a una cultura lejana, a tiempo en diversos grados lejanos. Para intentar realizar su tarea, si es, por ejemplo, un mesoamericanista, tendrá que tomar en cuenta aquellos vestigios que han quedado por allí dispersos, para ver si con ellos puede armar algo, puede integrar algo. Esos vestigios incluyen desde

una vasija rota, tal vez piedras con inscripciones, un montículo porque a lo mejor hay allí una pirámide, un monumento, un códice, además de lo que expresó en castellano Bernal Díaz del Castillo, o lo que escribió Bernardino de Sahagún. Con esos vestigios y testimonios hará su integración. Una vez, un amigo mío burlón me dijo: “ustedes, los historiadores, nada más van juntando cosas y así arman su obra”. Porque él es ingeniero, yo le respondí: “también ustedes, con ladrillos, cemento, varillas y otras cosas arman su edificio, su puente o cualquier otra estructura”. Nosotros los historiadores tenemos que hurgar, buscando vestigios para lograr lo que es nuestro objetivo; integrar en nuestra conciencia lo que fue un tiempo pasado. Una prueba de haberlo logrado será que nadie vaya a decirnos luego: “¡fíjese que me encontré este otro manuscrito que no encaja con su supuesta integración, es decir, con la imagen que nos ofrece de ese pasado. Significa ello que lo que usted nos presenta es tal vez mera invención. ¿Es usted un novelista?” Me gustaría serlo también, digo yo. A los novelistas les sobra y basta con su imaginación.

Allá, donde estoy, en París, un colega mío de El Colegio Nacional, Carlos Fuentes, estuvo varios años como embajador. Durante ese tiempo escribió más de una obra. Gran ventaja suya fue que, para hacerlo, no tenía que consultar archivos ni bibliotecas. Aunque, a veces, sus novelas tocan temas históricos, él no tiene el mismo afán de precisión que a nosotros nos acompaña en nuestra búsqueda.

Ahora bien, supuesto el caso de que el historiador logre reunir todos los vestigios que se requieren, para integrarlos, así como están ustedes integrando en su cerebro este ruido –palabras– significaciones que les hago llegar, ¿en qué consistirá realmente su aportación?, ¿será una mera imagen muerta del pasado? Su tarea es bien difícil. El profeta Ezequiel en cierto modo ilustra lo que debería ser ella. Describe él con vivos colores una singular experiencia que tuvo. He aquí sus palabras:

Fue sobre mí la mano de Yahvé y llevóme fuera y me puso en medio de un campo que estaba lleno de huesos... y vi que eran sobremanera numerosos sobre el campo y enteramente secos. Y me dijo, hijo del hombre: ¿revivirán estos huesos?

Y yo respondí: Señor Yahvé, tú lo sabes. Y él me dijo: Profetiza sobre esos huesos y díles, huesos secos, oíd la palabra de Yahvé. Yo voy a hacer entrar en vosotros el espíritu y viviréis...

Entonces profeticé yo como se me mandaba y se oyó un ruido y hubo un agitarse y un acercarse huesos a huesos. Miré y vi que vinieron nervios sobre ellos y creció la carne y los cubrió la piel, pero aún no había en ellos espíritu.

Díjome entonces Yahvé: Profetiza al espíritu, profetiza... Ven, oh espíritu, ven de los cuatro vientos, y sopla sobre estos huesos muertos y vivirán. Profeticé como me mandaba y entró en ellos el espíritu, y revivieron y se pusieron en pie; era un ejército grande en extremo. (Ezequiel, 37, 1-14.)

El profeta, recibiendo la inspiración de Yahvé, insufló el aliento de vida y entonces se integró la vida en esos huesos secos y muertos. Ésta es, metafóricamente expresada, la misión del historiador. Si no va más allá del tepalcate y el documento, no será más que un mero acumulador de materiales para la historia. Los conocemos. Son los zurcidores de resúmenes de documentos. Los hay entre nosotros. Ensartan unos tras otros huesos muertos, sin aliento de vida, resúmenes de documentos sobre encomiendas, esclavitudes y otros temas. No tienen ellos el soplo de vida. Lo que ofrecen en realidad no es historia porque allí no hay vida alguna. Para que los huesos, los tepalcates, los testimonios orales, los documentos, revivan, hace falta el soplo que integra lo antes disperso y muerto. Como todo ser humano integra en su conciencia el tiempo de su propia experiencia, el historiador es en cierto modo el más ambicioso de los humanos porque quiere integrar los momentos de vida del pasado sin que el tiempo ni el espacio lo limiten. El proceso es parecido, nada más que, por supuesto, no se presentan ante nosotros fácilmente los documentos, como las palabras que estoy diciendo o como la sinfonía que podemos escuchar. Tenemos que seguir vericuetos para reunirlos, analizarlos y valorarlos.

¿Cómo podrá el historiador integrar el pasado, objeto de su estudio?

Si me intereso por estudiar una cultura prehispánica tendré que ir en busca de los vestigios y testimonios que hay de ella. Iré a zonas arqueológicas, a archivos en pos de fuentes escritas. El objetivo es reintegrar la vida a un pasado que se antoja muerto. Integrarlo no quiere decir demostrarlo. En la historia no podemos demostrar, como en las ciencias fisicomatemáticas. Creo que la persona que diga que podemos hacerlo es un poco ingenua.

La historia es ciencia. Sí y no. Sí lo es porque tiene sus formas científicas de proceder. No procedemos ciegamente. Tengo yo un manuscrito en náhuatl del siglo XVI. Debo ver si en el archivo está junto a otros documentos que lo esclarecen. Haré su paleografía de la manera más fiel. Habré de traducirlo. Luego tendré que situarlo en su contexto. Veré qué relación puede tener ese manuscrito con otros. Todo esto es, metodológicamente, científico. Pero la historia no es ciencia en cuanto que no establece ley alguna y en cuanto que no tiene una forma fácil de comprobación.

No puedo decir que la imagen que he integrado corresponde científicamente a lo que ocurrió en el pasado. La única forma que tenemos de comprobación respecto de la integración que hemos hecho de esa imagen, si hemos tenido el genio de insuflarle la vida, es que no exista el peligro, por lo menos inminente, de que llegue otro investigador con otros vestigios o testimo-

nios válidos, y no tomados en cuenta por nosotros, que lo lleven a integrar una imagen diferente respecto del mismo acontecer. Ésa es la piedra de toque.

Por su parte el historiador, en su integración del pasado, puede llegar a saber mucho más que aquellos que lo vivieron. Piensen ustedes, por ejemplo, en la invasión de Normandía, en el famoso día D, cuando los aliados penetraron en Francia. Fue la víspera del colapso de los nazis. Los soldados que desembarcaron allí, sabían mucho menos acerca de la significación de sus propios actos que el historiador que integra la información al respecto y le insufla el soplo de vida. Podrá decir uno de esos soldados: “yo estuve allí, fui el encargado de tales y cuales operaciones...” El historiador puede conocer el trasfondo de lo que ocurrió. No tendrá la vivencia del soldado, pero puede haber reunido cuanto aportan los archivos de las diversas potencias que participaron en esa acción bélica. Así le es dado recobrar la significación

¿Cómo puede un historiador integrar elementos dispersos en los relatos y testimonios acerca de la batalla? ¿Integrar toda la información que tenía el alto mando, con sede en Washington, y la que tenía Londres y la que poseían los alemanes, y los rusos y los franceses? La documentación en decenas de archivos de varios países es el conjunto de huesos secos, pero sin los cuales nada es comprensible. El historiador puede armar su gran imagen y esa gran imagen es la integración de los hechos. El historiador insufla vida a los testimonios; recrea desde perspectivas que nadie había tenido nunca antes. Muchos riesgos de equivocación puede haber, claro está. Por eso la investigación de un tema requiere la participación de otros historiadores para abarcar los huesos aquellos, los testimonios dispersos, no sea que queden sueltas muchas calaveras y después no se sepa a quienes pertenecían.

Un pasado que integrar: el de la cultura náhuatl

En náhuatl, *tiempo* se dice *cáhuatl*. Hay aquí varios distinguidos nahuatlato que no me dejarán mentir. Tenemos el verbo *cahua* que quiere decir “dejar”. Entonces *cáhuatl* es lo que se deja o queda. Para el pensamiento náhuatl el tiempo va dejando un sedimento. Ese sedimento es lo que nos interesa a los historiadores. El gran historiador que en el mundo occidental se considera al lado de Herodoto, en un plan de reflexión profunda, como padre de la historia, Tucídides, tiene en su obra una frase que considero espléndida y muy pertinente en nuestro contexto. Declara en su *Historia de la guerra del Peloponeso* cómo ha reunido, con prolongado esfuerzo, los testimonios con los que apoya e integra su obra, y cómo por ello piensa él que resistirá a los embates del tiempo. Lo citaré en su original griego. He aquí lo expresado por Tucídides acerca de

su obra, en la que ha integrado cuanto le fue dado alcanzar acerca de la guerra del Peloponeso. A pesar de que su trabajo se sitúa en el tiempo y se refiere a sucesos ocurridos en un tiempo anterior, es ella:

Ktéma te eis aiei. Mállon e agónisma es to paráxrema acouein sunkeítai:

Poseción para siempre. No como una declamación para ser oída de momento, así ha sido compuesta esta historia (Tucídides, *Historia*, libro I, XXIII, 4).

Busca el historiador que su aportación, su integración significativa de los vestigios testimoniales acerca de hechos ocurridos en el pasado, resista a la prueba del tiempo. No ha trabajado él como un declamador para ser oído de momento. Su obra será posesión para siempre. Ésta es la meta. No quiere decir eso que no puede haber otra visión desde otra perspectiva de aquí a cincuenta años. Lo que interesa es que, al menos, como posesión para siempre, aquello que el historiador elucubró y presentó como integración, pueda verse a la luz de cien años después como coherente. Paso ya al tema de la cultura náhuatl.

Justamente en el mundo náhuatl tenemos un historiador muy conocido, don Fernando de Alvarado Tezozómoc, descendiente directo de los *tlahtoque* mexicas. Él, al principio de su obra, escribió:

In yuh quilhtotiaqueh, in yuh quitlallitiaqueh yn intlahtol ihuan otechmachiyotiliaqueh texamahuan in huhuetqueh, in illamatqueh...

Lo que dejaron dicho, lo que vinieron a asentar en su relato, lo que nos vinieron a enseñar a nosotros en sus papeles, los viejos, las viejas. Como un relato se hizo y para nosotros lo dejaron y no fenecerá, siempre quedará en sus papeles, en sus relato ... (Alvarado Tezozómoc, *Crónica Mexichyotl*, 1975, p. 4-6.)

Las palabras de Tezozómoc son como un eco de ese anhelo que expresa Tucídides de que permanezca lo que se ha querido dejar, transmitir, como integración de una conciencia histórica.

Para el historiador mexicano que busca acercarse al pasado mesoamericano, éste le resulta a la vez apartado y cercano. Para nosotros es muy lejano en el tiempo. Pero, por otro lado, Mesoamérica no está muerta. Perdura en muchos de los elementos del ser mexicano. Absurdo sería decir que todos los mexicanos somos indígenas. Tanto como afirmar que somos españoles. Somos mexicanos, consecuencia del encuentro de los dos mundos. Hay muchos indígenas en México en los cuales lo mesoamericano perdura de múl-

tiples formas. También, de algún modo, algo de lo mesoamericano es perceptible en nosotros mismos. en nuestra sensibilidad, en nuestra manera de hablar, de pensar, creer, comer... Estamos acercándonos en tales experiencias a un pasado conjuntamente lejano y cercano.

Mesoamérica fue una auténtica civilización. Llegó a tener centros urbanos, incluso verdaderas metrópolis como Teotihuacan, Tula, México-Tenochtitlan; complejas formas de estratificación social; creaciones extraordinarias en el campo del arte; un calendario un diezmilésimo más preciso que el que nos rige hoy en día. En Mesoamérica se desarrollaron varias formas de escritura, entre ellas la de los mayas clásicos que permitió expresar fonemas y morfemas de toda índole, es decir, palabras con diversas funciones en la oración, tales como sustantivos, adjetivos y verbos.

Fue ésta una civilización que floreció, hasta donde podemos saberlo, en aislamiento. Si hubiera habido algún contacto de verdadera importancia, se habrían encontrado vestigios de él. No los hay ni respecto de las plantas que se cultivaban, ni en lo que concierne a animales domesticables; tampoco en la concepción del mundo, creencias, cómputos calendáricos y escritura. En Mesoamérica se dieron formas de desarrollo autónomo, en plan de alta cultura, por lo menos desde el segundo milenio a. C.

Sobresale así ella entre las más antiguas civilizaciones que ha creado la humanidad, como las de Egipto y Mesopotamia, la del Valle del río Indo y la del Valle del río Amarillo en China. Esas civilizaciones son las que crearon los estilos originales y propios de vivir, pensar y creer, que habrían de teñir las futuras trayectorias de las principales ramas de la humanidad. La mayoría de los mexicanos somos herederos de dos de esos estilos originales de existir: el de Mesoamérica indígena y el del Mediterráneo. Este último, a partir de su florecimiento original en Egipto, ejerció luego su influencia sobre las islas griegas y la Hélade. Más tarde, enriquecida con el conjunto de creaciones extraordinarias de los griegos, esa misma gran corriente de cultura floreció de manera distinta en Roma, la conquistadora de Hispania, Galia, Germania y otras muchas tierras. La herencia greco-romano-judeo-cristiana, en su versión hispánica, convive en nosotros con el legado de Mesoamérica. Por ello, para la mayoría de los mexicanos poseedores de esta doble herencia de cultura, las creaciones mesoamericanas prehispánicas nos son a la vez cercanas y lejanas.

En el caso del historiador cuyo interés es integrar una imagen coherente de las antiguas culturas de Mesoamérica, incluyendo específicamente la de los pueblos de idioma náhuatl, su tarea no es fácil aunque disponga de testimonios valiosos, como los monumentos arqueológicos con inscripciones y pinturas y también de unos cuantos códices prehispánicos, aproximadamente quince.

¿Es esto básicamente lo que integra el conjunto de las fuentes al alcance de los mesoamericanistas? ¿Qué diremos acerca de los textos, recogidos más tarde, como los que transcribió Bernardino de Sahagún a partir de los testimonios de sus viejos informantes? Sabido es que Sahagún era un misionero que, como tal, quería cambiar en los indios sus maneras de pensar, creer y obrar. A su vez, los cronistas indígenas como Chimalpahin y Tezozómoc, cuando escribieron, ya estaban cristianizados. Se habían formado en el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco.

Consideraciones muy semejantes pueden formularse respecto de todos los otros frailes e indígenas que, unas veces en forma independiente y otras en colaboración, redujeron a escritura latina el contenido de antiguos códices o las palabras preservadas por la tradición oral. Es obvio que en todos esos casos existió siempre el riesgo de interpolaciones o de diversos géneros de contaminación, debidos a influencias eurocristianas. Esto, como parece claro, abre la puerta a buen número de cuestionamientos críticos respecto al origen prehispánico y carácter genuino de la antigua tradición de todos esos textos transcritos en lengua indígena, pero valiéndose ya del alfabeto latino.

Integrar la imagen de una antigua civilización con el riesgo de que, en los testimonios acerca de ella, estén entrettejidos elementos de dos tiempos culturales radicalmente distintos

Estamos haciendo referencia a “dos tiempos culturales radicalmente distintos”. Hablar de “dos tiempos culturales radicalmente distintos” significa que estamos tratando con dos procesos históricos tan distintos entre sí como el de la antigua cultura de Mesoamérica y la del Mediterráneo en su versión hispánica. Son tan diferentes esos dos procesos históricos que resultaría grotesco aplicar las periodizaciones de sus respectivos tiempos al otro contexto de cultura. Para ilustrar esto pienso en aplicaciones, ciertamente absurdas, como serían éstas: referirse al Periodo Clásico mesoamericano, como la “Edad Media” o, viceversa, hablar de los primeros siglos del Medioevo europeo, describiéndolos como “Periodo Clásico”.

No hay duda de que el historiador, que ha escogido como tema de sus investigaciones el pasado prehispánico de México, siempre que acuda a los testimonios, bien sean en lengua indígena o en castellana que se redactaron en el periodo colonial, tiene que habérselas con fuentes en las que confluyen efectivamente dos tiempos culturales radicalmente distintos. ¿Significa esto que el historiador mesoamericanista debe entonces prescindir de esas fuentes? ¿Deberá limitarse sólo a los testimonios de la arqueología y a lo que pueda derivar de los pocos códices prehispánicos? Si se limitara sólo a esto, quedarían

en la oscuridad muchos aspectos de grande importancia, incluso respecto de los vestigios materiales que se conservan. Ello es patente en ejemplos como los de la significación de la metrópoli de Tula y del recinto del Templo Mayor de México-Tenochtitlan. Sin los textos en náhuatl de la antigua tradición, pero transcritos ya con el alfabeto, no conoceríamos la ubicación en el tiempo y el significado de Tula, la metrópoli del sacerdote Quetzalcóatl. Tampoco sabríamos que el Templo Mayor de Tenochtitlan es simbólicamente la “Montaña de la Serpiente”, el *Coatépétl* donde se reactualizaba el nacimiento portentoso de Huitzilopochtli.

Mucho de la antigua cultura resultaría incomprendible si el historiador mesoamericanista prescindiera de los testimonios indígenas que se elaboraron durante el periodo colonial. Su problema no debe resolverse restringiendo arbitrariamente el acceso a determinadas fuentes, haciendo a un lado aquellas en que pueden haberse infiltrado interpolaciones u otro género de contaminaciones de procedencia eurocristiana. Su verdadero problema es encontrar cómo situarse con sentido crítico ante fuentes en las que se entretujan tiempos culturales radicalmente distintos.

Para alcanzar esto, varios caminos se abren al historiador. Uno –que guarda relación directa con las secuencias del tiempo– es confrontar esos testimonios transcritos, ya en el periodo colonial, con los más antiguos, es decir, los indudablemente prehispánicos. El estudio de la iconografía en pinturas, bajo-relieves y otros monumentos, las inscripciones en estelas y en diversos objetos, el contenido de los códices o libros pictográficos, pone al descubierto lo que puede describirse como la trama y la urdimbre de un gran tejido cultural que se fue entrelazando a través de los siglos. Más allá de los cambios que se produjeron en el ser cultural de Mesoamérica, desde el preclásico hasta la llegada de los españoles, hay elementos que subsisten como características en la trama de ese gran tejido en el que se configura el estilo propio de esta civilización.

Entre los rasgos y elementos que perduran y que pueden considerarse como piedras de toque para aquilatar la pertenencia a lo mesoamericano están los siguientes: cuentas calendáricas de 260 y 365 días; ciclos de fiesta: regidos por el calendario; escritura glífica; concepción cíclica del mundo; imagen espacial, con orientaciones cósmicas, pisos celestes e inferiores; dualidad divina; interrelaciones en el mundo de los dioses; atributos de ellos; idea y simbología de la muerte y el más allá; concepto de los destinos de que son portadores los distintos momentos y periodos; idea del sacrificio como “merecimiento”, en el que los dioses y los hombres participan dentro de un fluir de energía cósmica y divina; géneros de sacrificios, ofrendas y ceremonias; formas de expresión que abarcan paralelismos y empleo de metáforas de

uso constante en varias lenguas mesoamericanas; sistemas de organización social y política en los que se reflejan concepciones como las de la dualidad, los destinos, y el pensamiento cíclico; normas de comportamiento; sentido comunitario...

De estos rasgos y elementos hay diversas formas de expresión, explícita o implícita, en los testimonios de la época prehispánica, es decir, en la iconografía, las inscripciones y los códices. Confrontar con ellos, como con piedras de toque, el contenido de los textos en lengua indígena redactados en el periodo colonial sobre la base de la tradición oral y el contenido de códices hoy desaparecidos, es uno de los procedimientos que cabe seguir con propósitos de análisis y valoración críticos. Testimonios de tiempos y lugares distintos que convergen –a pesar de diferencias secundarias– pertenecen a la trama de un mismo tejido cultural. Lo dicho es sólo un ejemplo de cómo –integrando lo que coincide de tiempos distintos– es posible llegar a forjarse una imagen coherente y críticamente defendible de tal o cual institución o aspecto del pasado mesoamericano.

Así, una vez más, el investigador americanista tipifica en su tarea el gran problema que concierne a todos cuantos hemos hecho profesión de estudios de la historia. Ese gran problema es el de encontrar críticamente la metodología más adecuada para integrar una imagen significativa de desarrollos culturales alejados en el tiempo. La meta es integrar esa imagen de secuencias temporales remotas, de suerte tal que lo alcanzado pueda resistir la prueba misma del tiempo. Implica ello que, consumado su trabajo, no ocurra que otro historiador contemporáneo suyo o de tiempos posteriores encuentre otros testimonios o descubra tales fallas en el empleo que se ha hecho de los ya conocidos, que muestren que la imagen alcanzada no es en realidad integración de un tiempo pasado sino más bien fruto de una mera imaginación.

Habérselas con el tiempo es tarea difícil y a veces muy fatigosa. Pero a la vez quien hace profesión de esto, es decir, el historiador que se sitúa frente al tiempo, incluso el de momentos muy remotos en el pasado, está ensanchando, primero en su conciencia y luego en la de sus contemporáneos, el saber del hombre acerca de sí mismo. Lo que realizaron los antepasados es experiencia humana que, no por repetido deja de ser verdad, ilumina en muchos aspectos la significación del presente. “Maestra de la vida es la historia”, se repite a veces como un ritornelo que llega a cansar. Maestra, y también, como lo decía fray Juan de Torquemada, con olación de la brevedad de la vida es la historia. A ella ni el espacio ni el tiempo la limitan.

Terminaré ya esta reflexión. Hablar del historiador ante la historia nos ha llevado, en este caso, a inquirir en qué consiste la posibilidad de acercarnos al pasado. Los tiempos pasados no existen ya. Ingenuo es creer que el historia-

dor puede ofrecer algo así como una fotografía o una película, imagen en movimiento, en la que se contemple el pasado. Películas y fotomontajes se pueden producir muchos con pretensiones de historia. Tarea diferente es pretender integrar una visión coherente de aconteceres pretéritos. De lo que en el pasado ocurrió sólo quedan algunos vestigios materiales y a veces también diversas formas de testimonios de la palabra. Estos últimos, en el mejor de los casos, nos revelan lo que otros pensaron acerca de ese pasado en el que actuaron y vivieron. En lo que toca a vestigios materiales éstos se nos muestran como los huesos esparcidos después de la batalla, como aquello que contempló el profeta Ezequiel. Cráneos y huesos que no tienen ya vida. Tampoco la tienen los vestigios materiales o los meros testimonios de la palabra acerca de aconteceres en el pasado.

El profeta Ezequiel tuvo que insuflar un aliento de vida sobre esos huesos dispersos. El historiador, para convertir en historia los vestigios del pasado y los testimonios de la palabra de los muertos, tiene también que insuflarles un aliento de vida. Solo así podrá hacer realidad la obra histórica. Una “historia verdadera”, como la que quiso escribir Bernal Díaz del Castillo, que se valió de esa expresión para titular su libro, tiene que ser eso: relato henchido de vida y a la vez capaz de resistir a las pruebas del tiempo. El historiador que alcance esto habrá realizado la que debe ser su más grande ambición en la Tierra: escribir en verdad historia y, hasta donde ello es posible, escribir historia verdadera.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ALVARADO TEZOZÓMOC, Fernando, *Crónica Mexicáyotl*, edición y versión de Adrián León, 2a. edición, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1975.

EZEQUIEL (profeta) en: *Biblia de Jerusalén*, México, Editorial Porrúa, 1986.

TORQUEMADA, Juan de, *Monarquía Indiana*, edición preparada por el Seminario sobre fuentes de la tradición indígena a cargo de Miguel León-Portilla, 7 v., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1975-1983.

THUCYDIDES, *History of the Peloponesian Wars*, 2 v., Oxford Classics, Oxford University Press, 1978.